

Recordar, compartir, aprender

Elche

Elvira Crespo, 75 años

Tania Baeza, 21 años

EL VASO MEDIO LLENO

Parece sorprendente que los medios de comunicación dediquen tanto tiempo a difundir detalles irrelevantes de las superfluas vidas de nuestros famosos hay personas anónimas, como la ilicitana Elvira Crespo con una vida apasionante, digna de ser contada.

Si tuviera que elegir una palabra para definirla la escogida sería, sin lugar a duda, positivismo. Supongo que se preguntarán por qué. Utilizaré sus palabras: “hay dos formas de enfrentarse a la vida, y a mi me gusta ver la botella medio llena”.

Algo admirable una vez se conoce su vida, sigan leyendo y entenderán a que me refiero.

Al poco de formar su familia quedó viuda, con todo lo que esa tragedia conlleva. Trabajar para sacar a sus tres hijos adelante y, lo más duro para ella, “tener que ser padre y madre”. Un hecho que podría hundir a cualquier persona, pero a ella la hizo más fuerte. No tardó mucho tiempo en hacerse con un puesto de vendedora a los 38 años, aunque estuviera reservado para jóvenes menores de 25 años. Un logro que atribuye a su buena disposición y sinceridad. Durante la entrevista con el dueño de la tienda le confesó que no tenía ni idea de electrodomésticos, pero estaba segura de que los podía vender. Conecta bien con las personas.

De la tienda de electrodomésticos dio el salto a su propio negocio: un estanco en el que trabajó hasta su jubilación.

Una vez remontado el vuelo, varios golpes seguidos hicieron que Elvira pasara uno de los peores periodos de su vida. A la muerte de sus progenitores en un espacio muy corto de tiempo le siguió la detención de un cáncer de mama. Un diagnóstico demoledor. Quizás ahora el cáncer parezca una enfermedad ‘normal’, pero hace 22 años solo el 15 por ciento de las enfermas sobrevivía, y así se lo dijo el doctor que la atendió. No se asustó, resuelta nuestra protagonista afirmó ser una de ese 15 por ciento. Media batalla vencida repite una y otra vez a las enfermas de la asociación AMEC, con las que de vez en cuando comparte experiencias. “Hay que recordárselo a todas las enfermas, una visión positiva del futuro ayuda mucho”.

Por supuesto hubo noches duras, en las que pensaba en la posibilidad de que sus hijos se quedaran solos. Asegura que la quimioterapia es desagradable, pero no te puede romper tu ritmo de vida. Nunca dejó de trabajar durante la enfermedad, solo la tarde después de las sesiones; “La quimio te deja como muerto”.

En su estanco se recuperaba gracias al contacto con la gente. Su hiperactividad le impedía quedarse en casa. Al jubilarse decidió recuperar viejos hobbies como la pintura o el baile. En algunas ocasiones ha llegado a vender sus cuadros en exposiciones benéficas.

Mucho más reciente es el último golpe. A los 11 años de la muerte de su esposo comenzó a salir con un hombre. Un hombre con el que fue feliz, aunque no era del todo ella. La hiperactividad de Elvira quedó reducida al mínimo durante su convivencia. A él no le gustaba viajar, salir ni bailar.

Sin embargo, el cariño puede ser más fuerte que nuestra personalidad. Elvira estuvo al pie del cañón de esa relación hasta que este hombre falleció a causa de la enfermedad de EVA. Una enfermedad que afrontó de un modo completamente distinto al que Elvira había tenido años atrás ante el cáncer. La muerte de su compañero la hundió, porque “es muy duro ver morir a una persona poco a poco”.

Ahora, totalmente recuperada y con las mismas ganas de vivir que una adolescente, vuelve a ser el alma de sus clases de gimnasia o pintura gracias a su mirada positiva.



LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para una mujer tan positiva como Elvira es muy fácil encontrar razones por las que vale la pena vivir. Hay cientos. Tal vez, incluso miles.

Todas esas razones se pueden resumir en una gran acción: compartir. Algo que pone en práctica con mucha frecuencia en su día a día.

Le encanta compartir su tiempo con las personas que le rodean. Su familia, sus amigos y los compañeros del Hogar donde pasa muchos ratos libres. Compartir los momentos felices los hace más felices. Pasa al contrario con las penas, son menos duras una vez que se comparten con alguien.

Saberse útil es otro motivo por el que merece la pena vivir. Para ella pocas cosas te hacen tan feliz como tener la oportunidad de ayudar a otra persona. Por eso no duda en compartir su entusiasmo, alegría y experiencia en distintos ámbitos con sus compañeros.

Pero lo más sorprendente de esta actitud frente a la vida es que la mantenga pese a todos los golpes que ha tenido que afrontar. A una pronta viudedad le siguió un cáncer de mama, en una época con poca esperanza para las pacientes de esta enfermedad, mientras hacía frente a la educación de sus hijos.